

La soledad de Iberoamérica

José Luis Rubio Cordón



¿Qué futuro político inmediato o a medio plazo aguarda a Iberoamérica?

En los años del pasado reciente, la respuesta parecía clara: saliendo de una situación generalizada de regímenes de dictadura —unas de tipo tradicional y otras, más recientes, concebidas bajo los supuestos de la Doctrina de la Seguridad Nacional— se llegaba progresivamente —e indeteniblemente— a una restauración democrática. El porvenir parecía presentar una sólida «esperanza» de que Iberoamérica alcanzaría la estabilidad política en un sistema generalizado de democracia parlamentaria, cada día más similar al modelo «occidental» —euro-norteamericano.

Sin embargo, esta transición democrática ha coincidido en el tiempo con la más honda crisis económica vivida por Iberoamérica en este siglo, superior incluso a la de 1929-30, y esa crisis está en camino de agotar las esperanzas en el modelo democrático occidental adoptado, como incapaz de remontar las dificultades económicas nacidas de la crisis, que se suman a las heredadas del pasado. Fracasaron los modelos autoritarios, que hubieran podido obtener, al menos, éxitos parciales en el terreno económico en épocas de expansión, y no triunfan los modelos democráticos que les han sucedido.

La perplejidad se adueña del iberoamericano medio. ¿Qué fórmula será efectiva, tras los fracasos sucesivos de las viejas fórmulas experimentadas? ¿Por dónde puede alumbrarse un camino nuevo y esperanzador, que les saque del pozo de decaimiento en que se encuentran sumidos?

La realidad que vive hoy Iberoamérica es la de su creciente «expulsión del Mercado Mundial». De la «dependencia» se está pasando a la «prescindencia». Iberoamérica se siente progresivamente sola. Ese es su drama. Y también su único horizonte de esperanza. Desde lo profundo de sí misma tendrá que extraer sus propias fórmulas. Nada salvador le va a venir desde fuera. Con sus propias soluciones y con sus propios recursos deberá edificar su futuro.

En los muros de un barrio marginal de Lima apareció recientemente una «pintada» que decía: «NO MAS CRISIS: QUEREMOS PROMESAS».

Quienes prometan, quiénes ofrezcan una ilusión, podrán construir el porvenir. Pero tendrán que prometer proyectos y realizaciones inéditas, para conseguir edificar algo positivo sobre la presente pirámide de negatividades.

1. La crisis económica

Todo el aluvión democratizador de los últimos años se ha producido en coincidencia con la mayor de las crisis económicas abatidas sobre Iberoamérica. Puede decirse, incluso, que en numerosos países esa transición democrática se ha producido, o al menos se ha precipitado, precisamente por efecto de la crisis y la incapacidad de los gobiernos autoritarios para escapar de ella.

La crisis es profunda y parece no dejar salidas. Por todas partes el horizonte aparece cerrado. Esa es la impresión que se desprende de todos los informes económicos.

El «Avance preliminar de la economía latinoamericana» de 1988, presentado por el secretario ejecutivo de la CEPAL en diciembre de dicho año, comienza con estas palabras:

«En 1988, la crisis económica de América Latina y el Caribe adquirió ribetes dramáticos. El producto por habitante disminuyó por primera vez desde la recesión de 1981-1983 y equivalió apenas al que se había obtenido ya en 1978, la inflación más que se duplicó, alcanzando un promedio sin precedentes de 470%, y las remuneraciones reales disminuyeron en la mayoría de los países. Este deterioro en las condiciones económicas ocurrió pese a que al mismo tiempo se suavizó en alguna medida la restricción externa. Así, en la mayoría de los países de la región se alejó aún más la huidiza meta de reiniciar un crecimiento económico sostenido y con estabilidad que le permita ir paliando los ingentes y graves problemas sociales acumulados.»

Según este informe, el PIB de la región, sobre una base 100 en 1980, subió solamente a 111,6 en 1988. Y como el crecimiento de la población fue muy superior —de 355 millones en 1980 a 426 millones en 1988— el PIB por habitante bajó de 100 a 93,4 entre los mismos años. O sea, que el habitante de la región fue en 1988 un 6,6% más pobre que ocho años antes.

(Las perspectivas para 1989 parecen aún más sombrías: según un avance de la CEPAL del mes de septiembre, el crecimiento del PIB este año será solamente del 0,2%, con lo que el latinoamericano será hoy un 10% más pobre que en 1980.)

El dato más escandaloso —y conocido— es el de la deuda externa, que alcanzó al finalizar 1988 los 401.400 millones de dólares. Los pagos netos de utilidades e intereses alcanzaron en dicho año los 33.100 millones de dólares. (La relación entre los intereses totales pagados y las exportaciones de bienes y servicios, fue del 28,0%. Casi un tercio

del ingreso por exportaciones se fue en pago de los intereses de la deuda externa.)

Al mismo tiempo, los ingresos netos de capitales en la región fueron de 4.300 millones de dólares. Y, por lo tanto, la transferencia de recursos de la región al exterior ha sido, pues, de un total de 28.900 millones de dólares. En los últimos años, la pobre América Latina se ha convertido en exportadora neta de capitales hacia el mundo rico.

Y, además, el mundo rico, que recibe esos capitales de Iberoamérica, se encuentra quejoso, exigiendo cantidades mucho mayores que «los pobres les deben».

Fidel Castro, podía así comentar en la reunión de La Habana sobre la deuda externa, celebrada en 1985:

«Hice otro cálculo. En un continente donde se afirma que hay tal hambre, que hay personas que consumen 1.200 calorías y menos de 1.200 calorías por día, donde hay tantos desnutridos, donde hay 110 millones entre desempleados y subempleados, donde hay desnutrición —como lo han planteado ustedes—, donde el 70% de la población vive en los límites inferiores o por debajo de los límites inferiores de la pobreza, calcule, con lo que hay que pagar de intereses, cómo se podía alimentar la población de América Latina. El cálculo demostró que se le podía dar a cada uno de los 390 millones —yo hice el cálculo sobre 400, hay 10 millones más, por si los ratones se comen un poco de ese alimento— a los precios actuales del trigo, 3.500 calorías y 135 gramos de proteína a cada uno, todos los días, durante diecisiete años.»

De cualquier forma, la raíz del problema es lo importante, pues si se perdonara de golpe la deuda y sus intereses, permaneciendo esa raíz, el problema volvería inevitablemente a generarse.

Lo fundamental es la «relación de intercambio», tan lesiva para Iberoamérica. Según los datos de la CEPAL, la relación de precios del intercambio de bienes acumulada de 1981 a 1988 bajó un 22,2 para el conjunto de América Latina.

Si se toman en cuenta, además, los pagos de beneficios de las inversiones extranjeras, así como la evasión de capitales, y sin incluir los pagos de «royalties» y de fletes, puede hacerse «grosso modo», un balance de las salidas en los últimos años, que han venido significando para Iberoamérica:

- Por deterioro de la relación de intercambio: un 3% del PIB.
- Por servicio de la deuda externa: 3,5% del PIB.
- Por beneficios de inversiones extranjeras: 0,5% del PIB.
- Por evasión de capitales: 2% del PIB.

— Por todos estos conceptos: un 9% del PIB.
Las entradas han significado, paralelamente:
— Por todos los conceptos: un 2% del PIB.
El saldo, pues, es de un 7% negativo.

Sobre una producción total —un PIB— de la región de unos 700.000 millones de dólares, resulta una pérdida promedio anual de unos 49.000 millones de dólares: casi 50.000 millones. Esto es lo que aporta anualmente América Latina al desarrollo de las regiones ricas, ya superdesarrolladas.

El resultado final de todo ello es que las distancias entre los países iberoamericanos y los países centrales se agrandan, el abismo que les separa se hace cada vez más insalvable.

La CEPAL informaba en abril de 1986, en su XXI Período de Sesiones celebrado en México:

«La distancia que separa a América Latina y el Caribe del mundo industrializado se dilató considerablemente. Desde 1983 los países de la OCDE crecieron con cierto vigor, mientras que los de la región se mantuvieron estancados o, con pocas excepciones, registraron ritmos de crecimiento muy pausados» (*Comercio Exterior*, México, junio 1986, pág. 527).

El significado más grave de estas últimas consecuencias de la situación de crisis, es el agravamiento de las condiciones de vida de las clases populares, lanzadas a una creciente depauperización, en donde los salarios reales disminuyen por la escalada inflacionaria y los aumentos salariales muy rezagados, y en donde, a más de ello, es un privilegio el que cuenta con ese menguado salario, pues las cifras de paro crecen sin descanso.

El secretario ejecutivo de la CEPAL decía en abril de 1986, en la reunión anteriormente citada:

«El comportamiento recesivo de las economías se reflejó en un marcado deterioro del bienestar material y social de la mayoría de la población de América Latina y el Caribe. Ese hecho se capta en los niveles de desempleo, en el agravamiento de la desigualdad, en la distribución del ingreso, en la contracción de los gastos públicos destinados a servicios sociales, en la caída de los salarios reales, y en otros indicadores económicos y sociales» («Comercio Exterior», México, junio 1986, pág. 526).

El final de la cadena de consecuencias originada por la crisis y la concentración de sus efectos perjudiciales en la periferia para la salvación del centro, se muestra en noticias como la siguiente —en un mundo con espectaculares avances en los sistemas médicos y sanitarios:

«BRASILIA, junio 30 (EFE).—De 1982 a 1984, la mortalidad infantil se incrementó en Brasil en un 25%, pasando de 93 muertes por 1.000 nacidos vivos a 116 por 1.000, según un estudio del Ministerio de Salud.

Informa "Journal do Brasil" de ayer que basándose en tales cifras «un asesor del Presidente de la República hizo una estimación aún más alarmante: este año Brasil podrá registrar un índice de 130 muertos por cada 1.000 niños nacidos vivos.»

Otra información de la agencia UPI, decía en agosto del mismo año 1986:

«CIUDAD JUAREZ, México, agosto 25 (UPI).—Cientos de familias que habitan en la zona periférica de esta ciudad fronteriza con Estados Unidos, han incluido en su dieta diaria alimento en lata para perros, que adquieren al otro lado de la línea divisoria a precios muy bajos, aseguró un diario local... a pesar de que las autoridades sanitarias advirtieron que puede producir serias enfermedades por estar preparado con carne de desecho, indicó el diario "El Herald"».

Según la propia CEPAL, el porcentaje de pobres en la sociedad urbana en América Latina, que era del 42 en 1970, pasó al 49 en 1980, y se prevé que alcanzará el 60 en el año 2000.

Es un eufemismo considerar a los pueblos iberoamericanos «países en vías de desarrollo». Son países en vías de retroceso.

2. Iberoamérica, expulsada del mercado mundial

En su informe de diciembre de 1986, la CEPAL indica ya que la disminución de la demanda de productos básicos —los típicos de la exportación iberoamericana— no es coyuntural, como en la Gran Depresión:

«Por otra parte, hay algunos indicios que señalan que la caída de los precios de los productos básicos y su muy bajo nivel actual no sólo son resultado de factores coyunturales, sino que también reflejan cambios estructurales desfavorables en la demanda. Para algunos productos básicos, el cambio en las preferencias del mercado acarrea una reducción en la demanda: así sucede, por ejemplo, con el azúcar. En otros casos, influyen cambios que reducen las necesidades de productos básicos por unidad de bien final: así, con la disminución del peso y tamaño de los automóviles, el contenido de bienes intermedios se ha reducido en ellos en forma muy apreciable. A éstos se agregan cambios tecnológicos que llevan a sustituir algunos productos básicos por bienes manufacturados. Un efecto adicional es el que introducen las tecnologías de computación, que disminuyen la necesidad de acumular existencias para atender a las necesidades de la demanda. Por último, mientras las tasas internacionales de interés se mantengan altas, ellas continuarán encareciendo el mantenimiento de esas existencias» (CEPAL: «Avance preliminar de la economía latinoamericana: 1986», Santiago de Chile, diciembre 1986, pág. 11).

A ello se añade la competencia desleal que los mismos países centrales —industrializados— hacen a los países periféricos —productores de materias primas y alimentos— en el mercado mundial de estos productos primarios. Atrincherados en sus riquezas, las grandes potencias pueden subvencionar a sus agricultores y vender al exterior a precios sin competencia. De esta forma, Estados Unidos y la CEE pueden exportar trigo a la URSS, lesionando las exportaciones de Argentina. Lo mismo que la CEE puede vender carne subsidiada al propio Brasil, hiriendo las exportaciones de Argentina y Uruguay. Los Estados Unidos reducen sus compras de azúcar, e incluso venden reservas a precios inferiores a los del mercado. Ha sido ésta, por otra parte, práctica habitual en las grandes potencias, tanto los Estados Unidos como la URSS, para reducir los precios de productos como el estaño. También los «occidentales» toman acuerdos para limitar la llegada a los países industrializados de productos textiles fabricados en Iberoamérica o Asia.

La consecuencia de todos estos mecanismos es que se está produciendo una expulsión progresiva de Iberoamérica del mercado mundial. Cada vez es menor su participación en éste, en la misma medida en que aumenta el comercio entre los grandes y éstos pueden prescindir de los mercados periféricos. Sólo en relación con la CEE se puede dar este dato: la parte de sus importaciones procedentes de América Latina, que significaba en 1958 el 11%, había bajado al 5,6% en 1982.

Se asiste a un desinterés creciente del Norte por el Sur, pese a todas las declaraciones en sentido contrario. Se está pasando de la «dependencia» de la periferia a la «prescindencia» de la periferia. *Cabría, incluso, hacer un paralelo con el interés del Capital en la existencia del proletariado en una etapa ya superada y el interés actual del Capital en reducir al máximo este proletariado —que deje de ser «prolífico» y pase a ser «estéril»: pasar del «proletariado» al «esterilizado»—, porque el avance tecnológico lo ha hecho ya innecesario y gravoso.*

El interés de zonas como las de Iberoamérica puede quedar reducido a su papel de suministradoras de «drogas» y consumidoras de costosos armamentos, y a las conveniencias estratégicas en las tensiones entre el Este y el Oeste. Inglaterra, por ejemplo, puede ahora prescindir de los granos y las carnes argentinas, pero no de la baza estratégica de las Malvinas.

3. ¿Decepción democrática?

Los problemas derivados de la crisis económica, que por su gravedad no pudieron resolver los regímenes autoritarios, no se han visto resueltos tampoco por las nuevas situaciones democráticas. La libertad política y la posibilidad de libre elección de los gobernantes, no han tenido una traducción económico-social superadora de los desajustes de la crisis, ni mucho menos de los defectos estructurales antiguos. Los países centrales democráticos, tan interesados en acabar con las violaciones de los derechos humanos en Iberoamérica, no han mostrado el mismo interés en acabar con las pésimas condiciones de vida de aquellos pueblos con una ayuda económica medianamente generosa. La simple elevación de un punto en beneficio de los países iberoamericanos en la relación de intercambio, la simple bajada de un punto en los tipos de interés de la deuda externa, se traducirían automáticamente en elevación de los niveles de vida, en menor mortalidad, especialmente infantil.

La propia UNICEF ha divulgado recientemente un informe que aporta datos aterradoros sobre la repercusión que está teniendo el mantenimiento del servicio de la deuda externa en el deterioro de las condiciones de alimentación, de sanidad, de educación básica, etc. de los niños del Tercer Mundo, y consecuentemente en la elevación de la mortalidad infantil.

Los países centrales no han querido entender que el deterioro de los términos del intercambio que ellos generan para los países periféricos de Iberoamérica, produce, comprobablemente, muchos más muertos que todas las dictaduras represivas juntas.

La cicatería de aquellos países con las recién restauradas democracias iberoamericanas ha sido causa muy poderosa del fracaso económico de muchas de ellas, y, por lo mismo, origen de la decepción actual. Si el paro aumenta, si disminuyen los salarios reales, si se hunden los niveles de vida, si se acrecientan las desigualdades sociales, si no se atacan los males estructurales... ¿cómo puede evitarse que las masas se pregunten por lo conseguido con la democracia, fuera de las irrenunciabiles libertades? Y si las situaciones autoritarias anteriores tampoco resolvieron estos problemas, además de mantenerse sobre la repre-

sión, ¿hacia dónde volverse?, ¿cómo no entrar en la pendiente de la desesperación generalizada, del «nada se puede hacer», del «no hay remedio»?

La decepción cala hondamente en las poblaciones, especialmente en las que lucharon con esperanza por la conquista de las libertades. (Nada menos que el 53,3% de los argentinos jóvenes sometidos a una encuesta por *El Porteño* de Buenos Aires, en septiembre de 1986, dijeron que «les gustaría vivir en otro país».)

Iberoamérica hierve. Lo vemos en todas partes. Argentina y Venezuela, por ejemplo. Pero entre 1981 y 1988 —según la CEPAL— el PIB por habitante descendió en Argentina un 15,2%, y en Venezuela en un 14,6%. Y al mismo tiempo la redistribución del ingreso se hace cada vez más injusta. Las remuneraciones reales bajan. Las condiciones de vida de las clases populares se hundieron. Y, frente a lo sucedido en los años setenta —cuando las clases medias ahorraban, se compraban viviendas y viajaban al extranjero—, ahora estas clases medias se han proletariado, teniendo dificultades incluso para alimentarse todos los días.

La depresión, por el contrario, no la perciben las clases altas, que mantienen sus niveles de vida. Los especuladores hacen su agosto. Así, incluso los países que antes habían conseguido una estructura social más plural, hoy se sumergen en una división tajante entre ricos y pobres, típica de los países menos evolucionados de la región.

En un estudio muy reciente del PREAL (Programa Regional de Empleo de América Latina, de la OIT) se ha llegado a cuantificar la pérdida que en remuneraciones y servicios han experimentado en los últimos quince años las clases populares latinoamericanas. Esta llamada «deuda social» detectada es sensiblemente similar a lo que se ha pagado en este tiempo por el servicio de la «deuda externa». De lo que resulta que esta deuda externa la ha pagado íntegramente —la está pagando— solamente el pueblo trabajador y marginado.

Porque, mientras tanto, las clases altas, los especuladores, evaden capitales y contribuyen al empobrecimiento colectivo. La banca norteamericana Morgan Guaranty Trust calculaba recientemente que los cinco países más endeudados de la región (Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela) evadieron un total de 219.000 millones de dólares entre 1977 y 1987.

¡Cómo extrañarse del estallido de furor de Caracas! ¡Cómo extrañarse del estallido de los su-

permercados de Buenos Aires, destrozados por la cólera de las amas de casa en las que se quiere remarcar de golpe los productos con un 30 o un 40% más de su precio!

4. Conciencia de soledad

Cómo resultado de la crisis económica y de la actitud de los países industriales ante Iberoamérica, puede palpase cómo ésta va llegando a conclusiones de especial significado. En primer lugar, a una conciencia de soledad, al convencimiento de que nadie desde fuera va a ayudarla, cualquiera que sean las palabras de solidaridad formal que se pronuncien. La solución no vendrá ni del Occidente ni de la URSS. Por otra parte, otra conclusión a la que empieza a llegarse es la de que la fórmula occidental de democracia parlamentaria y partidocrática no es la más adecuada para la afirmación democrática verdadera en Iberoamérica, que algunas correcciones profundas habrán de establecerse en los sistemas de participación para adecuar la democracia a la peculiaridad propia.

Esta toma de conciencia, por la misma razón de la evidencia de la gravedad de la situación que pone de manifiesto, y por la necesidad de andar en soledad para encontrar la salida, no puede dejar de ser una ocasión histórica para un salto gigantesco y singular de Iberoamérica hacia el futuro.

Ha existido una cadena de acontecimientos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945) que muestran una reconstrucción decididamente injusta del orden económico internacional. La oleada descolonizadora que siguió al conflicto se detuvo en lo formal, pero no penetró en lo estructural. Frente a la posibilidad del establecimiento de un orden económico mundial más solidario, se reconstruyó a un nuevo nivel el orden insolidario de épocas anteriores, que había entrado en crisis con la Gran Depresión de 1929-30.

El conjunto «trilateral» de lo que se ha llamado Occidente —que es el mundo de la economía de libre empresa— siguió fortaleciendo la potencia de los centros dominantes, los fusionó progresivamente con el despliegue de las Corporaciones transnacionales, y prosiguió —a través de la continua manipulación en su favor de las relaciones de intercambio— el despojo de los pueblos de la periferia. Los Estados Unidos capitanearán este sistema de solidaridad entre pode-

rosos y de insolidaridad frente a los pueblos pobres, y lo extenderán a Europa junto a su Plan Marshall. La Europa occidental, con la edificación de la Comunidad Económica Europea, opta por esta fórmula, desechando la posible de las solidaridades de cada antigua cabeza metropolitana con sus antiguas posesiones en un vuelco de la explotación a la entrega. La «Comisión Trilateral» servirá finalmente, a partir de 1973, como centro de teorización estratégica de este sistema de insolidaridades, o «ley del embudo» internacional.

(Por supuesto, en el otro extremo, el del mundo llamado «socialista», o del Este —que es el mundo de la economía de dirección centralizada—, la URSS asume el papel de centro dominante, y produce el escándalo de poner a su servicio las economías de todos los países de su esfera y de la insolidaridad con China, frente al proclamado «internacionalismo proletario».)

En el nuevo sistema, o sistema renovado, por descontado se da que en épocas de crisis, como la que se originó en el mismo año de 1973 por los precios del petróleo, el centro se salva repercutiendo los peores efectos de dicha crisis en los pueblos de la periferia.

No hay esperanzas en la ayuda de los países centrales para los países periféricos de Iberoamérica. Ni siquiera cuando aquéllos remontan la crisis. Se decía en el informe de la CEPAL en México, en abril de 1986:

«Se comprobó el carácter estructural de la crisis, que mostró ser mucho más profunda que una simple recesión o depresión cíclica. Prueba de ello se encuentra en el hecho de que las economías de la región no registraron el repunte esperado, cuando en 1984 y 1985 se registró una robusta recuperación del ritmo de crecimiento en algunos de los países de la OCDE» («Comercio Exterior», México, junio 1986, pág. 527).

Los defensores del levantamiento de toda clase de trabas aduaneras en los países subdesarrollados para la penetración de sus capitales transnacionales y de sus manufacturas, se muestran muy celosos para defender en los propios sus productos —muy proteccionistas— si hay competencias exteriores. Y no dudan en subvencionar sus propias exportaciones para establecer competencias ruinosas con las de los países del Tercer Mundo, que no pueden otorgar esos subsidios. Ya se ha señalado la competencia de la carne subsidiada europea. El costo de producción de una tonelada de carne argentina es de 1.500 dólares y el de una tonelada de carne europea —de la CEE— es de 2.500 a 3.000 dólares. Pero la CEE ha podido ven-

der al propio Brasil la tonelada a 635 dólares y Argentina no puede hacerlo. De aquí que en un comunicado conjunto los Presidentes de Argentina —Raúl Alfonsín— y de Uruguay —Julio María Sanguinetti— pudieran decir:

«... la Política Agraria Común subsidia hoy hasta el 80% de los precios agrícolas internos. De este modo, se estimula artificialmente la producción y se generan saldos exportables que sólo pueden colocarse en los mercados internacionales sobre la base de esos fuertes subsidios que representan un auténtico dumping.

... un ejemplo de esta crítica situación es el de la carne bovina. La CEE, que hasta mediados de la pasada década importaba este producto de nuestros países, se ha convertido —a través del más crudo y agresivo proteccionismo— en exportador neto de carnes, desplazándonos de algunos de nuestros mercados tradicionales a los que provee hoy con hasta el 50% de sus necesidades de importación.

... el dumping de la CEE provocó adicionalmente caídas de hasta el 40% en los precios internacionales de nuestros productos agropecuarios de exportación» («La Nación», Buenos Aires, 23 febrero 1986).

Alfonsín y Sanguinetti —que no son, ciertamente, anti-occidentalistas— protestan por esta política. Pero sus protestas no consiguen ningún resultado. La sordera del Norte continúa. Meses más tarde, Estados Unidos acordaba vender trigo a la URSS y a China. Según el embajador argentino en Washington, la medida perjudicaba a Argentina en unos 1.000 millones de dólares. Más adelante fue la propia CEE la que decidió vender trigo a la URSS.

La posibilidad de volverse hacia los países «socialistas» industriales, encabezados por la URSS, sólo cabe en la medida que a éstos interese, y no más allá en virtud de un mayor sentido de solidaridad internacional de éstos. Ya señalaba Ernesto Guevara, en 1964 en la IUNCTAD, en Ginebra, la complicidad de hecho de estos países en el despojo, por estar sumergidos en las mismas reglas del comercio internacional, y al año siguiente, en Argel, en la reunión del Grupo de los 77, acusándoles de ser «cómplices de la explotación imperial».

Como dice un informe elaborado por la Conferencia Mundial del Trabajo (CMT):

«Después de 1980, las desigualdades de ingreso dentro de un mismo país y entre el Norte y el Sur se acentuaron; por lo tanto, se puede hablar de un empobrecimiento absoluto de una parte de la población mundial. Se podría proclamar los años ochenta como la década del desarrollo del egoísmo. El Norte ha dejado agotarse el futuro de la crisis y los defectos estructurales de la economía internacional en el Tercer Mundo: no aumentó la ayuda al desarrollo y hubo más proteccionismo.

En el Tercer Mundo, el ingreso per cápita hoy en día es inferior al de 1980, entre otros, a consecuencia de los programas de austeridad del FMI. Sobre todo África y América Latina han sufrido de esto: la estabilidad social y la democracia política han sido puestos a dura prueba. Aumentó el desempleo, pero nadie sabe en qué medida» («Labor», CMT, Bruselas, enero 1986, pág. 6).

No hace mucho tiempo, en una conferencia sobre sindicalismo y política en América, me refería a esta situación:

«Entiendo que estamos ante un punto final, y, por lo tanto, ante un necesario punto de arranque».

«No se trata ya del fin de una nueva fase de la «dependencia» y el comienzo de otra nueva fase. Es algo más terrible: la «prescindencia». Ahora el centro dominante puede prescindir crecientemente de la periferia dominada —de la periferia iberoamericana concretamente—. Se está produciendo en lo internacional —entre naciones o grupos de naciones— un fenómeno paralelo al interno —entre clases—, cuando se expulsa del trabajo a gran parte del proletariado.

«Se puede ya prescindir en gran medida de las naciones proletarias, porque se puede prescindir de sus exportaciones primarias, con el avance de los sucedáneos y de la producción de alimentos en el mismo centro. Se puede ya, en gran medida, dejar a esa periferia que se cueza en su propia salsa de pobreza, de luchas, y desesperación. No se trata ya de que se intensifique su explotación, con un empeoramiento más acelerado de su relación de intercambio, de que la deuda externa les asfixie, de que se hayan convertido en exportadores netos de capital: es que, simplemente, están siendo expulsados de la economía mundial.

La sensación de una inmensa soledad se está extendiendo por Iberoamérica: se sienten crecientemente desasistidos, incluso de la inversión expoliadora. No se sienten ya naciones proletarias: sino naciones en paro: no interesan. ¡Estamos solos! es su clamor creciente.

Esa “noche negra”, esa “soledad oscura” a que les condena el mundo desarrollado occidental, euro-norteamericano-japonés, que produce mil veces más hambre, muertes, miseria, desesperación que todas las dictaduras juntas, está abatiéndose sobre Iberoamérica. Es el latido que se siente si se guarda silencio y se les escucha.»

«¿A qué grado de desesperación puede llegarse cuando se constata que el asalariado —que ve decrecer día a día su nivel de vida— es ya un privilegiado, a pesar de todo, es un miembro de la “aristocracia social”, ante la masa mayoritaria

sin empleo, los marginados, lanzados a la delincuencia, a la violencia, al tráfico de drogas...? Todo ello sobre países sin horizontes, sin salidas, a los que los ricos del mundo exigen pagar sus culpas y sus deudas.»

«¿Qué fórmulas viejas sirven? ¿Cuál de nuestras fórmulas no se ha vuelto vieja? ¿Sirven, sin más, nuestras simplificaciones eurocéntricas de Democracia frente a Dictadura, de Desarrollismo frente a Atraso?»

«Pienso que ya no sirve nada tradicionalmente razonable, medido, juicioso y occidental. Pienso que han llegado a un momento en que tienen que decir adiós al mundo euro-norteamericano y sus fórmulas, y tomar las suyas propias inventando una historia nueva.»

En un trabajo de reflexión, excepcionalmente interesante, realizado por el CEPAUR (Centro de Alternativas al Desarrollo) de Chile y la Fundación Dag Hammarskjöld, se llega a esta conclusión:

«De lo dicho se desprende que nuestra situación dista mucho de ser coyuntural. De allí resulta inevitable, en nuestra opinión, desplegar todos los esfuerzos posibles para diseñar alternativas imaginativas pero viables. Las condiciones de tal —o de tales— alternativas parecen bastante claras. Por una parte, si las dos concepciones económicas que han dominado el escenario latinoamericano no han logrado satisfacer las legítimas carencias de las mayorías latinoamericanas, una nueva concepción ha de orientarse primordialmente hacia la adecuada satisfacción de las necesidades humanas. Por otra parte, si el desarrollo futuro no podrá sustentarse en la expansión de la exportaciones (por las barreras descritas), ni en sustanciales aportes de capital foráneo por las dramáticas limitaciones que impone la deuda externa, la nueva concepción ha de orientarse inevitablemente hacia la generación de una creciente autodependencia» («Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro», CEPAUR-Fundación Dag Hammarskjöld, en «Developmen Dialogue», Uppsala, Suecia, número especial 1986, pág. 14).

Hay que subrayar la expresión «autodependencia». Esta vuelta hacia sí misma, fruto de la pérdida de toda esperanza en las solidaridades exteriores, puede ser la respuesta de Iberoamérica al paso de la situación de «dependencia» a la situación de «prescindencia». Algo así como la «Autarquía —impuesta— en la Universidad de Iberoamérica». Frente a dependencia: Autodeterminación.

De cualquier forma, la sima del presente es la verdadera ocasión de emprender el camino de salida, de empezar a dejar de «ser para otro» y comenzar a «ser para sí».

5. Fórmulas políticas propias

Dentro de esta autoafirmación, se precisa también una definición propia en el terreno político. Y aquí el presente nos muestra una confluencia de la creciente decepción suscitada por la ineficacia social del modelo occidental democrático —parlamentario y partitocrático—, y al ascenso vigoroso de los movimientos sociales supliendo las deficiencias de aquél.

La decepción ante las formas de la democracia restaurada no significa una nostalgia del pasado autoritario y opresivo ni tampoco de sistemas totalitarios según el modelo soviético: significa una aspiración a una democracia propia, no traducida. Se plantea, muy especialmente, el rechazo al modelo «partitocrático». No se reniega de la existencia de partidos —necesarios para una democracia verdadera— sino de la invasión por éstos de toda la vida social: municipal, cultural, sindical...

En un trabajo de la CLAT se dice:

«Ciertamente, en la misma medida en que se constata que "sin partidos políticos no hay democracia", también hay que reconocer que los partidos políticos generalmente han pretendido hegemonizar la representación, la oposición y la voluntad política, considerándose los únicos instrumentos válidos y efectivos del sistema democrático» («Informativo CLAT», suplemento, Caracas, octubre 1986, pág. V).

Coincide con esta apreciación el informe CEPAUR-Fundación Dag Hammarskjöld:

«En lo político, la crisis se ve agudizada por la ineficacia de las instituciones políticas representativas frente a la acción de las élites de poder financiero, por la internacionalización creciente de las decisiones políticas y por la falta de control que la ciudadanía tiene sobre las burocracias públicas» (O. c., pág. 9).

Junto a esta crisis de credibilidad en el modelo importado, adoptado sin traducción, se produce la irrupción vigorosa de los movimientos sociales. Los partidos dominantes y las Administraciones estatales dominadas han de ver suplidas sus ineficacias por la acción espontánea de sectores populares que abordan directamente la solución de sus problemas. Sin duda es éste el fenómeno más interesante —aunque muy desconocido— de la vida iberoamericana actual. Los barrios populares se organizan para abordar en común sus problemas de vivienda, servicios sanitarios, alimentación, enseñanza... (cooperativas,

ollas populares, escuelas propias...). Surge al pie de cada problema el grupo popular, la comunidad eclesial, el sindicato local, la hermandad campesina... El pueblo mismo es el que se autoorganiza, frente a la ineficacia del Estado, en ocasiones de desastre como el terremoto de México en 1985.

El contraste es demasiado evidente como para que no surja una conciencia de necesidad de rectificación en la fórmula democrática impuesta. Sobre el mantenimiento de las exigencias básicas de toda democracia (derechos humanos vigentes, pluralismo político, elección democrática de autoridades...) se impone la traducción a fórmula política concreta de la existencia vigorosa de los movimientos populares de base, su instalación constitucional como vías de participación. La democracia exige, no sólo opciones políticas plurales, sino también pluralidad de vías de participación. El monopolio de la representatividad en manos de los partidos ha de cesar para que se centren en su esfera propia y permitan el paralelo juego de las vías municipales, culturales, sindicales, etc. autónomas. No parece adecuado, por ejemplo convertir a cada concejo municipal, sea el de la gran capital o el de la aldea, en una reproducción del Parlamento nacional.

6. Las condiciones de la autoafirmación

Ni fórmulas salvadoras ni ayudas generosas vendrán de fuera. Ni siquiera completa comprensión. Lo lamento, pero ni siquiera de España, esta España que, para entrar en el Club de los poderosos del Norte europeo, ha hecho extranjeros a los iberoamericanos, ha renunciado a su integración supranacional con los suyos, ha entregado el «ser» por el «estar».

En declaraciones hechas el mes de abril pasado (1989) a la Agencia Prensa Latina por el embajador de Brasil y jefe del Grupo de los Países en Desarrollo en la reciente etapa de negociaciones comerciales multilaterales de la «ronda Uruguay» del GATT, Rubens Ricúpero, se decía:

«Los subsidios totales que la Comunidad Económica Europea da la industria lechera son de tal magnitud que equivalen a 1.200 dólares por vaca. lo que significa que una vaca europea recibe por año más que el ingreso per cápita de la Humanidad, pues el

50% de la Humanidad no gana 1.200 dólares anuales, lo que es un absurdo, estimó Rubens Ricúpero con un ligero aire de ironía» («Sintesis Latinoamericana», La Habana, 18 de abril de 1989, pág. 15).

El Norte tiene más interés en sus vacas que en los niños del Sur, en los niños de Iberoamérica.

No puede el Sur esperar una mano eficazmente generosa del Norte. Lo señalaba el mexicano Victor L. Urquidí, en *La Granda*, en 1983:

«Todo lo anterior lo coloco dentro de un esquema que pudiera parecer pesimista, y es que en el fondo no creo que el Sur pueda esperar gran cosa del Norte. El Norte tiene sus propios problemas, estructurales y de conflicto entre sí, de desempleo masivo, de políticas de recuperación que pueden fracasar, de desilusión respecto a la cooperación hacia el Sur —pese al primer y al segundo informes Brandt, que no parece haber tenido mucho efecto—. El Primer Mundo se está recogiendo. Nosotros en América Latina, con África y con Asia, tendremos que hacer lo mismo, porque no hay alternativa. Tendremos que seguirnos industrializando con sustitución de importaciones, pero con atención mayor a la competitividad internacional. Tendremos que seguirnos protegiendo frente al GATT y frente al pensamiento de apertura que venga del Norte. Y tendremos que hacer mucho más esfuerzo interno, más evaluación a conciencia de nuestros problemas y dejar de esperar que las soluciones vengan de afuera.»

Iberoamérica adquiere conciencia de su soledad, de que está sola. Y sola, y desde sus propios recursos, habrá de emprender su doble tarea liberadora: su Unidad y su Revolución.

Me atrevo a señalar las exigencias o condiciones imprescindibles para esta tarea liberadora, con las mismas palabras de una conferencia reciente:

«Ciertamente, no hay que suicidarse. Hay que dar un tirón enérgico, fuera de toda medida. Y ese tirón tiene, al pronto, tres exigencias:

Primera: escuchar, no las repuestas de los cenáculos, sino, ante todo, las repuestas que el pueblo común va dando, con sus fórmulas de autodefensa y de autoorganización, la única esperanza que hoy existe, frente a la penumbra de los Estados democráticos y los Estados dictatoriales.

Segunda: dar pasos arriesgados y decisivos hacia la unidad construyendo el ideal bolivariano, no con granos de arena, sino con hechos cataclísmicos. Y partiendo de la autoafirmación, y no de la denigración, de los elementos indígenas y de los elementos hispanos que produjeron la resultante mestiza.

Y tercera: la asunción de una conciencia utópica, la comprensión de que sólo un ideal desmesurado, fuera de toda moderación y posibilismo inmediato, será capaz de superar la crisis a vida o muerte del presente. Recordar la frase de Lebre: «Hemos llegado a un punto en el que sólo la utopía es realista.»



Comunidad de
Madrid

Consejería
de Educación

PLAN REGIONAL DE INVESTIGACION DE LA COMUNIDAD DE MADRID

La Comunidad de Madrid presenta su Plan de Investigación 1990-1993.

Dirigido a la Comunidad científica regional, el Plan financiará proyectos de investigación, becas de formación de personal investigador y técnico, equipamiento para investigación y otras acciones de apoyo al sistema ciencia-tecnología de la Comunidad dentro de los siguientes

PROGRAMAS REGIONALES

- Investigación medioambiental.
- Aprovechamiento y eliminación de los residuos urbanos e industriales.
- Investigación agroalimentaria.
- Investigación en nuevas tecnologías.
- Salud.
- Ciencias humanas y sociales.

PROGRAMAS DE ESTIMULACION CIENTIFICA

- Desarrollo de infraestructura para la investigación.
- Formación de personal investigador y técnico.
- Difusión e innovación tecnológicas.
- Apoyo técnico a la Red de Investigación Sanitaria.
- *Convocatorias*: Se publicarán en el «Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid», a partir de enero de 1990.

Para más información: Consejería de Educación, Servicio de Universidades e Investigación. Calle Caballero de Gracia, 32, 6.^a planta. 28013 Madrid.